DOMINGO VI DURANTE EL AÑO

El evangelio de este domingo nos habla de un leproso que le suplicaba a Jesús ser purificado. Recordemos que Jesús estaba en Galilea curando a los enfermos y expulsando demonios en las sinagogas y en toda la región. Llama la atención que sea el leproso quien se acerca a Jesús, teniendo en cuenta que, por estar en esas condiciones, no podía permanecer en la ciudad. Debía estar aislado, alejado de su familia, de su pueblo y de su religión. Por lo tanto, hasta no curarse del todo, no podía ingresar nuevamente a sus ambientes. Dependía del tipo de lepra que tenía; algunas eran más graves que otras.

Y ¿qué era la lepra en sí? Era una enfermedad contagiosa que se producía en la piel por el contacto con una bacteria. Claro que en esa época no se conocía el origen exacto de la misma. Los signos de la presencia de esta enfermedad eran manchas en la piel, llagas que no cicatrizaban y que producían a la vez un olor desagradable.

Pero también a la lepra se la relacionaba con un espíritu del mal. Por eso se les decía “impuros” a quienes padecían esta enfermedad. Y el único que podía restituirlo nuevamente y autorizarlo a regresar a la religión y a su casa era el sacerdote. Éste debía verificar que realmente estaba curado y además realizar un rito de purificación que ordenaba la Ley de Moisés. En este rito era necesario que el enfermo se bañara varias veces con el agua de la purificación que le daba el sacerdote; lo mismo se debía hacer con sus vestimentas. El leproso debía también presentarle una ofrenda como sacrificio de purificación. La curación física era realmente algo excepcional; por lo general se morían de eso. Por eso, lo que hizo Jesús era un verdadero milagro.

Recordemos dos casos de leprosos: uno es el de Miriam, la hermana de Moisés, quien por murmurar en contra de su hermano, recibe este castigo de la lepra. En ese tiempo, se creía que la lepra era causada cuando una persona hablaba mal de otra. Por eso durante siete días debía estar aislada como castigo, para reflexionar sobre el mal causado al prójimo. Miren si esto fuera actual, creo que habrían millones de contagiados de lepra. Otro caso es el de Naamán el sirio, quien estaba afectado por la lepra, y se bañó siete veces en el río por orden del profeta Eliseo. Ambos casos, se curaron por la acción salvadora de Dios.

Recién en el año 1990 se descubre cómo se cura la lepra medicinalmente. Hoy en día, en las zonas más pobres del mundo, existe todavía esta enfermedad.

Mi intención no es hablar de la ciencia médica en relación a la lepra, sino dar algunos elementos sobre la misma para poder entrar en el sentido espiritual.

Rescatemos los gestos del leproso: se acerca a Jesús, le pide ayuda, se pone de rodillas y le dice: “Si quieres, puedes purificarme”. Este “si quieres” significa que se dispone a la acción de Dios: es decir, si Dios quiere o no purificarlo. Esta apertura a la voluntad de Dios lo dispone en actitud de humildad, frente a un Jesús que elegirá lo que sea mejor para él. Por eso Jesús le responde “quiero, quedas purificado”. Es la única vez que Jesús responde de esta manera. Jesús dice primero “quiero” para expresar que es la voluntad de Dios la purificación de este leproso. Jesús podría haber respondido “no quiero”, no porque no quisiera sanarlo, sino porque la voluntad de Dios era que siga enfermo porque era necesario seguir purificando más. Y aquí encontramos un elemento muy importante: dejar a Dios que decida sobre la purificación de cada uno. Por supuesto que nuestra condición humana no quiere estar enferma, pero la enfermedad también es camino de salvación que ayuda a sanar no sólo las heridas presentes sino también las del pasado. Por eso, cuando alguien no sana de una enfermedad significa que ese es el camino de purificación que más lo acercará al amor de Jesucristo. Pero, claro, una cosa es decirlo y otra vivirlo. Nadie elige estar enfermo, ni estar aislado de sus afectos, ni estar abandonado en la soledad del sufrimiento que la misma enfermedad provoca. Pero según nuestra fe, la enfermedad misma produce milagros, ya sea para quien la padece, como para quienes en forma indirecta son tocados por ella. Cuando la enfermedad se convierte en oración, significa que el cuerpo sufriente es un canto de alabanza al Creador. Cuando la enfermedad se convierte en oblación, es decir en entrega total a Dios, se produce la “comunión de los santos” que tantas veces rezamos mecánicamente en el credo. Es decir, mi enfermedad está sanando a muchos otros, conocidos y desconocidos. Y es aquí cuando la enfermedad se convierte en amor puro: por amor vivo mi enfermedad.

En el texto, Jesús toca al leproso y este toque lo sana. La pregunta es: ¿de qué lo sanó? ¿De la lepra física o espiritual? Aquí sólo sabemos que lo sanó de la lepra física; nada dice el texto si además se sanó su alma. Pero, cuando Dios toca a la persona la sana en todas sus dimensiones. El texto tampoco dice si el leproso, después de ser sanado ha cambiado de vida. Sólo dice que se lo contó a todo el mundo. Hay personas que después de una enfermedad han logrado tomar conciencia de lo esencial en la vida del cristiano y realmente han cambiado la perspectiva en el modo de mirar y asumir las cosas. Pero hay otros que ni siquiera una enfermedad ha servido para bajar la cabeza del orgullo. Cuando Jesús estaba en la cruz, de los dos ladrones que estaban a su lado, uno recapacitó y el otro siguió empeñado en su orgullo. Ni siquiera en ese momento ya cercano a una muerte evidente, el corazón fue capaz de abajarse y de dejarse tocar por Dios.

Bendita sea la enfermedad que le permite a mis heridas expeler el perfume de la misericordia de Dios.